



EL CASADO CASA QUIERE,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

POR

D. MODESTO LLORENS.

PESONAJES.

DOÑA GREGORIA, viuda, (34 años).
TERESA, su hija, (17 años).

FLORENCIO, comerciante, (32 años).
DON MARIANO, propietario, (40 años).

NICANOR, agente de negocios.
FRANCISCO.
SEBASTIANA. } Criados.

La escena pasa en Madrid.

(Esta comedia propiedad del autor.)

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon decorado con elegancia. Puer de entrada en el fondo A la izquierda, en primer término, prta de las habitaciones de Teresa y Florencio. Frente á ellas la derecha, puerta de las de doña Gregoria. En segundo térino un balcon. A un lado un confidente con taburete.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, DOÑA GREGORIA, FLORENCIO.

(Las dos aparecen sentadas; doña Gregoria bordando un bastidor, Teresa á sus piés observándola. Florencio tiene cantando; al oírle Teresa, se levanta y se esconde detrs del sofá.)

FLORENCIO. ¡Oh, adorable Teresa, te pillé! No sirve para gallina ciega. Hágame V. el obsequio, en castigo su torpeza, de venirse acá sin réplica ni dilacion alga, y

servase aceptar el abrazo con que la brinda (*La abraza.*) este su seguro servidor, que su mano besa: (*Lo hace.*) Amador Fiel y Marido.

TERESA. Me gusta verte de tan buen humor.

GREGORIA. ¡Niños!

FLORENCIO. ¡Ah! que estaba V. aquí... Muy buenos días, mamá.

GREGORIA. Felices, caballero.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Se me figura que vamos á tener tronada. (*Alto.*) La encuentro á V. hoy algo cejjunla... así... como señales de celajería.

GREGORIA. Si, señor. Dos cartas nada menos se han recibido hoy de mi cuñado. La una dirigida á mi procurador y concebida en los términos siguientes: «Amo á Gregoria; sobre todo que no lo sepan ni Florencio, ni mi idolo.» Y á mi, á su idolo, otra que dice: «Te amo, Gregoria; sobre todo que no lo sepan ni Florencio, ni tu procurador.»

FLORENCIO. Pues ahí tienen Vds. la postdata. (*Mostrando una carta.*) «Amo á tu suegra; sobre todo que no lo sepan ni Gregoria, ni su procurador.»

GREGORIA. ¡Magnífico! Este hombre es incorregible.

FLORENCIO. Pues voy en lugar de V...

GREGORIA. ¿Y mi hija?

FLORENCIO. Perdona V., señora, pero yo estoy aquí, y...

GREGORIA. No es lo mismo, caballero.

FLORENCIO. Es verdad; no es lo mismo. (*Aparte.*) ¡Cada día las frescas son mas frescas!

GREGORIA. ¿No es cierto, hermosa mía, que nunca te abandonaré?

TERESA. Nunca, mamá. (*Abrazándola con efusion.*)

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Terrible panorama! (*Alto.*) Sabes, Teresa, que hace una mañana preciosísima, y que habia pensado que te vistieras y saliésemos juntos á probar el tilburi.

TERESA. Por hoy no puede ser, Florencio... Estoy comprometida para salir con mamá á tiendas.

GREGORIA. ¡Y te estás todavía sin vestir!

TERESA. Saldré así mismo. Voy por tu sombrero y tu mantelita, ¿eh?

GREGORIA. Aguarda. Necesito escribir enatro lineas.

TERESA. ¿Vas á escribir? Quiero que estrenes el papel *glasé* azul que ayer me mandaron de la papeleria.

GREGORIA. Lo habrán timbrado con tu nombre.

TERESA. Bien: pero dice: «Teresa Sandoval.»

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Como si yo no me llamara Florencio Casado!

TERESA. Lo encontrarás todo dispuesto encima de mi baró. Hasta despues, Florencio.

FLORENCIO. Hasta despues. (*Vase Teresa por la izquierda. Doña Gregoria tira del cordón de la campanilla, y aparece Francisco.*)

ESCENA II.

DOÑA GREGORIA, FLORENCIO, FRANCISCO.

FRANCISCO. ¿Han llamado Vds. ?

GREGORIA. Si: disponte á acompañarnos á la señorita y á mi.

FRANCISCO. La señora tendrá que perdonar. D. Florencio me ha ordenado que dispusiese el tilburi de dos asientos...

GREGORIA. Basta. No se separe V. nunca de los mandatos de mi yerno. (*A Florencio.*) Quede V. con Dios.

FLORENCIO. Vaya V. con la Virgen. (*Vase doña Gregoria por la izquierda.*)

ESCENA III.

FLORENCIO; FRANCISCO, *en el fondo.*

FLORENCIO. En resumen: Francisco ha, enganchado el tilburi de dos asientos... para mí solo. ¡Cómo ha de ser! No todos hemos nacido con el don de mando. Nabuco era un baritono de *primissimo cartello*, y se halló de manos á boca con doña Abigail que mediante la mas agradable lisura se encasquetó su corona y le redujo á la deteriorada condicion de esclavo. ¡Quién sabe si el cielo me destina á ser otro Nabuco!... ¡Francisco!

(*Aparte.*) Tal vez ese gazzápiro...

FRANCISCO. ¡Señor!

FLORENCIO. Simple pregunta. ¿El señor D. Nicanor vie-

ne con mucha frecuencia á casa? Tu, que todo lo observas...

FRANCISCO. (*Aparte.*) ¡Vaya una pregunta simple! (*Alto.*) Viene... cuando la señora ó el hermano ó la señora lo mandan á buscar.

FLORENCIO. ¿Y lo mandan á buscar?...

FRANCISCO. Sobre dos ó tres veces á la semana. ¿Hoy es jueves? Pues hoy vendrá seguramente á recoger dinero para las cuentas del sábado próximo.

FLORENCIO. (*Agarrándole del brazo y hablándole en voz baja.*) Y no has podido trahucir... A esa mirada de lince que te caracteriza. ¿no ha sido dable sorprender algun gesto, alguna frase intencional?

FRANCISCO. Si, señor, clarito... A mí se me figura que don Nicanor viene á casa con segundas intenciones.

FLORENCIO. Acaba. Te parece que D. Nicanor atenta...

FRANCISCO. Lo parece.

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Bravísimo! (*Alto.*) Y se manifiesta...

FRANCISCO. Ahí es nada lo del ojo. Mas solicito que un dominguillo. Pero... sisa.

FLORENCIO. Vete, borrico.

FRANCISCO. (*Aparte.*) Despues que lo sabe, me moteja.

MARIANO. (*Desde dentro.*) ¿Por dónde andan las gentes de esta region?

FLORENCIO. Hola... ¡la voz de mi tío! Adelante, señor don Mariano... Ponga V. la proa á este lado.

ESCENA IV.

FLORENCIO, DON MARIANO.

MARIANO. Salve, magister.

FLORENCIO. Un abrazo, ¡voto al Merrimael! Aquí tenamos al gladiador, al atleta, al *gentleman* de las llas. ¿Cómo va de *trinquis-fortis*?

MARIANO. Sigo apurando la copa del placer. Pero has de saber que ya tengo deudores.

FLORENCIO. ¡Qué me dice V.!

MARIANO. Un infeliz jugador de wisth, despues de una noche de combate sangriento encima del tapete verde, me sidió dos pesetas, y... se las presté.

FLORENCIO. ¿Luego forma V. entre el sin número de ingleses que pululan por España?

MARIANO. Exactamente: ¡soy mas inglés que un *biffel*!

FLORENCIO. Me fallan palabras para denotar la admiracion que V. me inspira. ¡Qué grande hombre y qué hombre grueso se va V. volviendo!

MARIANO. ¿No te hace gracia mi melamórfosis?

FLORENCIO. Inmensa, señor D. Mariano. Pero puede V. hacerme davyá otras cosas que sospecho no habían de desagradarle, y á mí me fueran en estremo mas simpáticas.

MARIANO. Ponme un caso.

FLORENCIO. Verbi-gracia: podria V. sacar á paseo á mamá los los dias.

MARIANO. ¡Ay! No quisiera otra cosa... Pero. ¿cómo lograrlo si tú sabes que lo mismo es sacarla de casa que ponerse á llorar como una Magdalena?

FLORENCIO. ¡Qué diantre! Si ella encontrase personas de conversacion animada...

MARIANO. No hay conversacion mas animada que la mía. Ede que me tildó una mañana de pusilánime y apocó, resolví litar la casa por la ventana y dejarme llevar de mi genio. Hago gimnástica, boxo, me duermo en las llas del Prado, he comprado un par de pistolas,

le echo ron al café. Con ella no hablo sino de batallas y desafíos...

FLORENCIO. ¿Y de irse al circo de Paul? ¡Ja, ja, ja! Mi apreciable señor D. Mariano, mamá le trata ya como si real y verdaderamente fuese V. un hombre de mundo.

MARIANO. Búrlate cuanto quieras; pero yo adelanto...

FLORENCIO. ¿Y cuándo será la toma? ¿Cuándo mareará su termómetro de V. los grados de efervescencia necesarios para volar la mina?

MARIANO. Esto depende de la mina, porque sospecho que Gregoria no siente ya nada para el amor.

FLORENCIO. Usted sueña: mamá ha sentido lo que todas las mujeres sienten, lo que sentirá mañana si una mano hábil sabellamar á las puertas de su corazón, que cubre ahora un velo denso y tupido.

MARIANO. ¡Cáscaras! Es decir, que si tú me esplicaras eso del velo, podría ser mi mano la mano que... ¿eh?

FLORENCIO. Y rasgado ese velo que todo lo embota vería V. abrirse incontinenti el alma de mamá á las perfumadas brisas de la esperanza y el amor, y yo no sería el mas infeliz mortal que pisa la corte.

MARIANO. ¿Piensas acaso separarte de mi cuñada?

FLORENCIO. Yo no diré que piense acudir á ese remedio estremado... pero al fin...

MARIANO. ¡Desgraciado! no me dejes, por Dios, á solas con ella y sus lagrimones... ¡Aquellas cataratas!... Efectivamente reconozco que no te faltan motivos para estar quejoso; mas si de mi dependiera...

FLORENCIO. No me cansaré de repetir que de V. depende nuestra felicidad. Si V. no fuese *tan pusilánime y apocado*, la revelaría á doña Gregoria el amor con que la mira, y poniendo de por medio los muchos méritos contrarios, la llevaría al altar en menos de un periquete.

MARIANO. ¡Al altar!

FLORENCIO. ¡Ya se ve que si el Altar, gloria, riqueza, porvenir de oro para V., y establecimiento de baños portátiles á domicilio para nosotros.

MARIANO. Esto es divino; tú me decides á vadear el charco, y prometo, si las fuerzas no me abandonan, declararme hoy mismo de palabra.

FLORENCIO. Pero sobre todo no se vaya V. al Circo de Paul.

MARIANO. Pierde cuidado... Me parece oír la voz de Gregoria. Retírate.

FLORENCIO. Duro en ella, señor D. Mariano, porque sino antes de ocho dias le soplará la novia cierto morito que tenemos en campaña, y... Duro.

MARIANO. ¿Cómo?... ¡Eh!.. tú... *Vase Florencio.*)

ESCENA V.

DON MARIANO, DOÑA GREGORIA.

MARIANO. *(Aparte.)* ¡Oigan! ¿Quién será este morito?

GREGORIA. Dios guarde á V., caballero. Celebro encontrarle aquí. Estoy de V. hasta el tope.

MARIANO. ¿De mí?... No comprendo... *(Aparte.)* Se le atragantó mi carta.

GREGORIA. ¡Pusilánime!

MARIANO. ¡Gregoria!...

GREGORIA. Punto en boca. Se entenderá V. con Florencio. Voy á nombrarle mi plenipotenciario.

MARIANO. ¡Florencio!... Bonito se enencntra para servirte á ti de corre vé y dile.

GREGORIA. *(Con interés, acercándose á Mariano.)* Pues ¿qué tiene?

MARIANO. Tiene... que le habeis hablado ya con vuestro trato desde el día de su boda.

GREGORIA. ¿Piensa marcharse de casa con Teresa?

MARIANO. ¡Pehé! No diré que piense recurrir á una medida tan extraordinaria: pero lapa, lapa algun proyecto poco lisonjero para ti.

GREGORIA. *(Rompiendo en llanto.)* ¡Ah! ¡Dios miol... ¡Dios miol... ¡Qué dolor!

MARIANO. *(Aparte.)* Ya escampa. ¿A qué me voy al Circo de Paul?

GREGORIA. ¡Luego ese hombre es un tigre!... Pero no me conduelo ya. Florencio carece de derecho para irse á vivir á otra parte con mi hija, porque le concedí su mano bajo condicion de no quitármela.

MARIANO. Espondrá sus quejas ante los tribunales, y...

GREGORIA. ¡Eh!... ¿Y cuales son sus quejas?

MARIANO. Sostiene que le entrometes mucho entre su mujer y él.

GREGORIA. ¡Oh!... yo les prometo que á duras penas me verán la cara.

MARIANO. ¡Perfectamente!... Como las grandes pinturas... ¡de lejos! Hé aqui el modo de apaciguar al chico: luego volverás la mirada con tranquilidad en torno tuyo, y quien sabe si algun Amadis...

GREGORIA. No diré que no... Pero... ¡mas tarde!

MARIANO. *(Aparte.)* ¡Oh duro pecho de cristal de roca! *(Alto.)* Si tú, Gregorita...

GREGORIA. ¡Silencio! No me acabes de martirizar los oídos. Consuélete la idea de que no tendrá tu compinche Florencio mas quejas de mí; y en cuanto á tus ansias, antes de volver á predicarme un segundo consorcio, procura consultar esas cosas con la almohada.

MARIANO. ¿Con la almohada?

GREGORIA. Sí.

MARIANO. Pues voy á lumbarme encima del canapé.

GREGORIA. Anda con Dios, y recoge esas cartas. *(Entregándole las cartas de la escena primera.)*

ESCENA VI.

DOÑA GREGORIA, á poco FLORENCIO.

GREGORIA. No hay que perder un momento. Conviene que cuando Florencio vuelva, no me encuentre aquí.

FLORENCIO. *(Aparte.)* ¡Doña Sancha!

GREGORIA. *(Aparte.)* ¡Boabdill!... ¡Me cogió!

FLORENCIO. ¡Cómo!... ¿Todavía están Vds. en casa?

GREGORIA. ¡Oh!... Es que... ¡Perdon mil veces! Ya me voy... Yo no deberia nunca invadir estas salas, y soy la mujer mas indiscreta del mundo, que cada dia quebranto los primeros deberes.

FLORENCIO. ¡Y qué importa! Está V. en su casa, señora.

GREGORIA. Distingo: cuando me mantengo apartada en las habitaciones que dan á los jardines, vivo en mi casa; cuando vengo á estas que dan á la calle, soy vuestra huésped.

FLORENCIO. Siempre es V. nuestra querida mamá.

GREGORIA. ¡Oh, qué bueno es Florencio! ¿Qué te parece la pechera que bordo?

FLORENCIO. Magnífica.

GREGORIA. Pues la bordo para ti. Teresa va á coserte la camisa, y yo la pondré los pechos.

FLORENCIO. ¡Cuanto me place!

GREGORIA. ¿No eres tu acaso el consorte de mi Teresa? ¿No te hemos recibido por ventura en el seno de la?... Pero yo te estoy importunando. Me retiro. Adios, Florencio.

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¿Quién habrá convertido á esa buena señora?

GREGORIA. (*Volviendo.*) Dispensa. ¿No es verdad que nunca separarás á Teresita de mi lado?

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡ya comprendo!... El borrico de D. Mariano le ha descubierto...

GREGORIA. ¡La pobre muchacha se pondría tan melancólica lejos de mí!... No tendrías mujer para dos años. ¡Si nunca se ha apartado la infeliz de las faldas de su madre!... ¡Si no conoce mas amistad ni inclinacion que la mia!... Por esto no te manifiesta la rapazuela todo el amor que la recomiendo que te demuestre!... Pero déjala hacer, que tú verás si no se enmienda la muy picaronaza. como el dia menos pensado cojo mi hato y la deajo aqui sola con las sabandijas.

FLORENCIO. Teresa es un ángel, mamá.

GREGORIA. Quiero que sea mujer... Pero dime ¿no es cierto que hasta que te quiera mucho no te la llevarás contigo?

FLORENCIO. ¿Pues quien lo duda, señora?

GREGORIA. Además, que tampoco podrías hacerlo siendo hombre de honor. ¡Dicen de los tribunales!... pero yo no sé... no sé los tribunales como juzgarian una demanda que tú les presentaras en ese sentido.

FLORENCIO. Acerca de ello, no me cabe duda ninguna.

GREGORIA. ¡Te parece que me condenarian á entregarte á mi hijal... ¡Como los tribunales están compuestos de hombres!...

FLORENCIO. No hablemos de eso, mamá.

GREGORIA. Ah, sí; me olvidaba ya de que te estoy estorbando. ¡Qué pesada me vuelvo! Huyo, huyo en seguida sin hacer siquiera ruido con los piés. La vecina se va.

ESCENA VII.

FLORENCIO, DOÑA GREGORIA, TERESA.

TERESA. (*Entra corriendo.*) Mamá, mamá, mira que zuavo tan elegante acaba de mandarme la modista.

GREGORIA. Me gusta el zuavo... Pero ahí tienes á tu marido. Te deajo con él. (*Vase.*)

TERESA. ¿Qué significan, Florencio, esas palabras de mamá?

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡La conversion es mil veces peor que los pecados!... Por vida de...

TERESA. Pero bien, ¿en qué quedamos? ¿Te parece mi zuavo bonito ó no?

FLORENCIO. Como tú lo llevas...

TERESA. ¡Regalo de mamá!

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Dale! (*Alto.*) ¡Soy capaz de romperle en dos mil trones!

TERESA. Chico, ¡estás loco!... ¿A qué vienen esas furias?

FLORENCIO. Perdona. Hace algunos dias que los nervios no me dejan vivir.

TERESA. Lo mismo que á mamá.

FLORENCIO. Esto para que veas que los nervios no son ya patrimonio esclusivo de las madres.

TERESA. ¡Qué cara pones! Ea, dime lo que tienes... Porque á ti te pasa algo, y se lo vas á contar á esta jovencita de los labios rojos, á quien le decias cosas tan dulces no hace dos meses.

FLORENCIO. ¡Felices horas!

TERESA. Sepamos que te aflige. ¿Por qué me pones todos los dias esa carota de ciruelas verdes?

FLORENCIO. ¡Oh! yo padezco... Bah, bah, déjame en paz, porque no me comprenderias, inocentilla.

TERESA. Pues me parece que bien te he comprendido hasta ahora.

FLORENCIO. ¿Tú?... Ea, doblemos la hoja. ¿Has dado ya principio á la lectura de *Los Cantares de Trueba*?

TERESA. No, Florencio. Mi madre me los sorprendió ayer en el momento de abrir la primera página, y me dijo, quitándome el libro de las manos, que su lectura no era saludable.

FLORENCIO. ¿Cómo se entiende?... ¡Ella será la faltada de salud!... Yo soy libre de aconsejar á mi esposa los libros que debe leer. Hoy mismo, sobre la marcha, vas á devorar, sin que me falte una línea. *El libro de los Cantares.* ¡Pues no faltaba más!

TERESA. Corriente; no te incomodes. Te prometo leer esa obra de cabo á rabo... Pero no se lo digamos á mamá, ¿eh?... Seria capaz de reprendermé.

FLORENCIO. ¡Oh! ¡que suplicio! Pero, Teresa, ¿piensas que despues de casada conmigo sigues todavia bajo la tutela de mamá? ¿A quién perteneces ahora, vamos á ver, á tu madre ó á mi?

TERESA. Yo soy tu mujer.

FLORENCIO. Pues bien; si tú eres mi mujer, dependes esclusivamente de mí; y yo, como poder que soy superior al tuyo, te gobierno ahora y me asumo toda la responsabilidad de los actos que verifiques.

TERESA. ¡Yo te obedezco á ti... y á mamá!

FLORENCIO. ¡Cómo me hechiza esa candidez! Oye, adorada Teresa: ven á mi lado. Por fin nos han dejado completamente solos... y cómo no nos sucede esto con mucha frecuencia, aprovecharemos los instantes de libertad galanteándonos.

TERESA. ¡Que me place!

FLORENCIO. Vamos á tratar de nuestras cosas. ¡Cuántas confidencias nos esperan al abrigo de ese confidente!

TERESA. Puedes principiar cuando gustes, pues te escucho con el alma y los ojos.

FLORENCIO. (*Tomándole la mano.*) ¡Mi bien!

ESCENA VIII.

FLORENCIO, TERESA, DOÑA GREGORIA.

GREGORIA. Sin ánimo de incomodar... Solas dos palabras ¿Recuerdas, Teresa, cuantos palmos median las cortinas azules del balcon de tu cuarto?

TERESA. ¿Cuántos?... Sobre diez y ocho.

GREGORIA. ¿Contando el lleco?

TERESA. No, sin contarlo.

GREGORIA. Muchas gracias, niña. ¿Has visto mis tijeras por alguna parte?

TERESA. No, señora.

GREGORIA. ¡Ah, miralas! ¡Si las llevo colgando al pecho! ¡Soy la mujer mas aturdida de la tierra! (*Vase.*)

ESCENA IX.

FLORENCIO, TERESA.

TERESA. ¿No ves á mamá?

FLORENCIO. Estoy deslumbrado. ¿Tú crees que es muy agrada-

dable verse de continuo interrumpido así? ¿Comprendes si me faltan motivos de aburrimento?

TERESA. La pobre lo hace con la mejor intencion del mundo. Nos va á colgar unas cortinas blancas en el cuarto.

FLORENCIO. Vaya y cuélguelas en los ventanillos de la azotea.

TERESA. ¡Florencio!

FLORENCIO. Esto no puede durar. Yo saldré de tal agobio.

TERESA. Por Dios, Florencio... ¿Irías á tomar otra casa? ¿Querrias apartarme de mamá?

FLORENCIO. Si, señora, si mamá no se aparta de nosotros.

TERESA. ¡Jesus, qué disgusto!... ¡Cómo nos van á criticar las gentes!... ¡Y á ti cómo te van á poner de caballero sin palabra!

FLORENCIO. ¿Es decir que las gentes serán capaces de perder el sentido comun?

TERESA. Las gentes dirán que aquí se te adoraba, se te llevaba en palmas por amos y servidores, se desvivía por ti la parentela entera, y sobre todo mamá, que mientras tú galanteas á tu mujer, se deshoja poniéndote en los balcones del cuarto cortinas blancas.

FLORENCIO. Pues cabalito; de las palmas y de las hojas y de las cortinas proviene mi encono. Yo soy una mosca que desea volar libremente y no que le corten las alas poniéndola á cada paso por delante fuentes de crema y requesones que me empalagan y encienden la sangre.

TERESA. (Tomándole la mano.) Depon el ceño, querido mio; y dando al olvido pesares transitorios, vuelve al perdido camino de las confidencias de que me hablabas. Dime si me quieres.

FLORENCIO. ¡Qué otra es la mella que se duele en mi alma del poco tacto de mamá, sino tu amor!

TERESA. No padezcas por el. Rey eres esclusivo de mi cariño, como yo de las muñecas con que jugaba dos días antes de conocerte á ti.

FLORENCIO. Soberbio; acabas de poner el dedo en la llaga... Sobre muñecas deseo que discurramos. (Se sientan otra vez en el sofá.) Había una vez en la coronada villa de Madrid una señorita muy hermosa que se llamaba Teresa. Tenía de las flores el aroma, de las aguas la frescura, de la luna la mirada, verdadera y fragante emanacion del cielo. Teresa sin embargo pertenecía al mundo, y eso que la niña del cuento no tomaba del mundo todas las lecciones que á fuer de viejo machucho solía ofrecerla. Vino, pues, el caso de que Teresa se hizo grande, pero no se hizo mujer. Por sus desgracias la madre de Teresa habia sido una gallina muy sabionda...

ESCENA X.

FLORENCIO, TERESA, DOÑA GREGORIA.

GREGORIA. Perdonad, pero me muero de ganas de saber lo que estais charlando.

TERESA. ¡Ab! Florencio me referia un cuento.

GREGORIA. (A Florencio.) No me riñas tú. (A Teresa.) Vengo á pedirte un beso, y me vuelvo.

TERESA. Si, mamá. Toma ciento (Se besan.)

GREGORIA. Decidme cómo queréis los pollos, ¿en salsa de tomate, ó con arroz?

TERESA. Yo... como guste Florencio. Que lo diga el mismo. (Florencio se desuda con el pañuelo, y sin poder hablar se lo enseña á doña Gregoria.)

GREGORIA. ¡Bueno!... ¡Con salsa!

TERESA. Ya está resuelto...

GREGORIA. Cúmplase, pues, la voluntad nacional. Cuidado con los cuentos, que son resbaladizos.

TERESA. ¡Eres taimada!

GREGORIA. Proseguid, proseguid. (Vase.)

ESCENA XI.

TERESA, FLORENCIO.

FLORENCIO. Ponte la mantilla.

TERESA. ¿Por qué?

FLORENCIO. Ponte la mantilla.

TERESA. ¿Para ir adónde?

FLORENCIO. No lo sé. Yo tengo necesidad de tomar el aire, de pasar algunas horas lejos de este calabozo. Irémos á comer á Chamberí, ó á los toros, ó á merendar al Canal.

TERESA. ¿Estás en ti? A estas horas... ¿Que va á decir mamá?

FLORENCIO. La faculto para decir cuanto la dé la gana. ¡Tu mantilla!

TERESA. Deberémos al menos avisarla...

FLORENCIO. Ya estoy andando. (Vase Teresa.)

ESCENA XII.

FLORENCIO, DOÑA GREGORIA.

GREGORIA. ¡Teresa!... ¡Calle! ¿Adónde se ha ido Teresa?

FLORENCIO. Está en su cuarto.

GREGORIA. ¿En su cuarto?

FLORENCIO. Si, señora; se está arreglando para salir de casa.

GREGORIA. ¡Salir ahora!... ¡Si hemos quedado en que no iríamos por hoy á tiendas!

FLORENCIO. Razon de mas para que ella salga á la calle y yo la acompañe.

GREGORIA. ¿Vais á salir los dos solos?

FLORENCIO. No, señora: viene mi perro.

GREGORIA. ¿Y hacia dónde piensan Vds. dirigir los pasos?

FLORENCIO. Hemos resuelto ir á comer á Chamberí, y por la tarde á los toros; y advierto á V. que probablemente hasta las doce de la noche no daremos la vuelta á casa, porque si en el Real se ejecuta la *Marta*...

GREGORIA. ¿Y á qué viene tanto jolgorio?

FLORENCIO. ¿Le disgusta á V., señora, que se diyeran sus hijos?

GREGORIA. Nada de eso; que lleveis buena jornada. ¡Jesus Maria! ¡Yo poner óbicos á vuestros caprichos!... Únicamente quisiera advertirte, no lo tomes á mal, ¿oyes? que una señorita decente, una joven honesta y de noble cuna no parece bien que se agite de esa manera... y se vaya á toros y comidas... y pasee todo el santo día la calle ni mas ni menos que las asiladas del Hospicio. Luego se vienen las gentes diciendo: «Mira aquella campando por sus respetos como si no tuviera madre.» —«Allá vá la bandera del regimiento de imaginaria á Chamberí.» Con un sin fin de despropósitos, que no solo hieren á la mujer honesta contra la cual se dirigen, sino á la madre cachaza que tiene la lozanidad de consentirlo.

FLORENCIO. Así sucede. Pero me fuerza ahora, aunque me duele en el alma, recordar á V. que Teresa es mi mujer; que yo solo, y nadie mas que yo, disfruta el derecho de decidir qué es lo que la conviene; y esto establecido, que no se me ofrece inconveniente alguno para su de-

coro en que me acompañe á Chamberí, á la función de los toros y al Teatro Real.

GREGORIA. Callo pues. Las madres somos demasiado caducas para oponer resistencia á las ideas llamantes de los jóvenes... ¡Como ya chocheo, me vuelvo á mi rincón!

TERESA. *(Sale vestida de calle.)* ¡Te lo han dicho, mamá!... ¡Nos vamos de bureo! *(Medio llorosa.)*

GREGORIA. Por muchos años. *(Aparte á Teresa.)* ¡Disimula, hijá mía!

TERESA. *(Sigue llorando.)* Hoy quiere Florencio que nos divirtamos en grande.

GREGORIA. ¡Y mucho que te vas á divertir!

FLORENCIO. Cómo no, yendo en mi compañía: ¿verdad?

TERESA. Ciertamente; me moriré de placer. *(Se enjuga las lágrimas.)*

FLORENCIO. Los guantes... el sombrero... ¡Regocijo general!

TERESA. *(Después de una leve pausa.)* No faltaba sino... que se viniera mamá.

FLORENCIO. ¡Uf!

GREGORIA. ¡Cómo!... ¡Yo ir á los toros!... ¡Qué vergüenza! Aunque me regalaran un millon en oro no iría yo entre aquella gentuza... Anda, anda con Dios; te vas con tu marido, y no debe asaltarnos ningún temor.

FLORENCIO. Con que ¿nos vamos?

TERESA. Sí, sí, vamos.

GREGORIA. Yo aquí me quedo... y me comeré solita los pollos con salsa.

TERESA. ¡Ah, Florencio!... ¡qué memoria la nuestra!... ¡Le rogamos á mamá que mandara guisar los pollos con salsa, y nos vamos á ir de casa sin comerlos! ¿No podríamos aplazar nuestra escursión para mañana?

FLORENCIO. Imposible; quiero salir al campo hoy mismo... ¡en seguida!

GREGORIA. ¡Oh, esto ya traspasa el círculo!...

FLORENCIO. Lo que yo deseo traspasar son las tapias de Madrid.

TERESA. Repórtate, Florencio.

GREGORIA. ¡Qué hombre tan imprudente!

FLORENCIO. *(Aparte.)* Se me exalta la bilis. *(Alto.)* Teresa, coge mi brazo, y echemos á andar.

TERESA. ¡Pero, señor!...

FLORENCIO. ¡Afuera!

GREGORIA. Poco á poco: eso es apelar á la fuerza bruta.

ESCENA XIII.

FLORENCIO, GREGORIA, TERESA, DON MARIANO.

MARIANO. ¡Fuerza brutal!... ¿Quién es el que apela aquí á la fuerza bruta?

FLORENCIO. Mamá, que se digna echarme flores...

GREGORIA. ¡Válgate que no quiero alarmar la casa!

TERESA. Aquí está el tío. El podrá servir de juez, y dirimir la pendencia.

MARIANO. Repara que soy un zoquete...

GREGORIA. A buenas manos irá el pandero.

TERESA. El caso es muy sencillo. Florencio, que hoy tiene el alma mas negra que la pez, se ha metido en la mollera ir á pasar el día al campo, y necesita uno que le acompañe. Mamá, que tampoco se halla hoy de buena data, quiere comer con otro pollos en salsa, y como yo no puedo partirme en dos mitades, el uno me tira, y me tira el otro. y...

MARIANO. Pues siendo así, fallo que tú te marches con Florencio, y que yo me quede á comer los pollos con Gregoria.

FLORENCIO. Lo aplaudo: hé aquí conciliados todos los estremos.

TERESA. Es que Florencio quiere ir á los toros.

MARIANO. Eso ya es diferente.

GREGORIA. *(Al oído de Mariano.)* Los pollos no saldrán á la mesa hasta mañana.

MARIANO. *(Aparte.)* ¡Sopla!

TERESA. Y luego ha hablado de pasar la noche en el Teatro Real.

MARIANO. ¡Qué *tour de force!*

GREGORIA. *(Al oído de don Mariano.)* ¡Hoy se come de martes!... Te mataré de apélito.

MARIANO. Esto varía de especie... Florencio...

FLORENCIO. Sí, lo comprendo todo. He advertido como lo trabajaban á V. de zapa. Sé que en resumidas cuentas Teresa acabará por ser la que se quede, y V. el que me favorezca con su compañía. Venga, pues, ese brazo, y salgamos de aquí cuanto antes. Solo le advierto que recuerde lo mejor que le sea dable las reglas de natación, porque en el primer estanque ó lodazal que tope mos, le zambullo á V. de cabeza.

MARIANO. ¡La fuerza bruta conmigo! ¡San Elias!

FLORENCIO. ¡Ande V. con mij demonios! *(Aparte.)* ¡Oh! yo sacaré de aquí á mi mujer, pese á ella y pese al orbe entero. *(Vase.)*

ESCENA XIV.

DOÑA GREGORIA, TERESA. A POCO DON NICANOR.

GREGORIA. ¡Se va echando centellas!... ¡Qué taravilla de Lombrel Me deja desazonada.

TERESA. ¡Oh! tranquilízese V., mamá. Si V. le hubiese visto esta mañana como se deshacía llenándome de ternezas...

GREGORIA. ¡Qué insoportable estás!... ¡Siempre me sacas a colación las ternezas de tu esposo!... ¡Vaya una grosería delante de su madre!

TERESA. ¡Creí que te alegraras de verlo rendido!

GREGORIA. Me alegro, pero no es cosa de andarlo publicando á son de cajas y clarines... Demuestras demasiado el cariño que os profesais con Florencio, y sobre todo la ciega inclinación que tu sientes por él. Así está que nos apabulla á cada paso...

TERESA. ¡Su amor es tan sólido como el mio!

GREGORIA. No te replico.

FRANCISCO. *(Anunciando.)* Pide licencia el señor D. Nicanor.

GREGORIA. Que pase adelante. Mis agentes de negocios son la misma puntualidad.

NICANOR. *(Saliedo.)* Aquí me tiene V., señora doña Gregoria, mas exacto que un cronómetro. *(Saludando á Teresa.)* ¡Señora!... *(Aparte.)* ¡Qué bella está!

GREGORIA. Así me gustan á mi los hombres. ¿Trae V. los recibos estendidos?

NICANOR. No, señora: para no hacer dobleces al papel...

FRANCISCO. *(Entrando.)* Han mandado esta cuenta para el señorito. *(La entrega á Teresa.)*

TERESA. ¿De parte de quién?

FRANCISCO. De parte de Bermudez, el tapicero.

GREGORIA. *(A Nicanor.)* En cuanto á los jornales de la presente semana, ayer le mandé á mi cuñado que me dis-

pusiera los valores y hoy los he visto ya encima de la papelera de mi cuarto.

NICANOR. Pasaré, pues, con su permiso de Vds. al escritorio para estender los recibos.

GREGORIA. Está V. en su casa. *(Aparte.)* ¡Caramba! y que eleganton se nos pone el agente de negocios.

NICANOR. *(Aparte.)* Mi clientela crece, y ¡mi amor no mengua! *(Vase.)*

ESCENA XV.

DOÑA GREGORIA, TERESA.

TERESA. ¡Ay, madre mía, que dardo acabo de recibir!

GREGORIA. ¿Qué sucede, Teresa?

TERESA. Florencio me engaña.

GREGORIA. ¡Estás en tu juicio! Sostégate... ¿Por donde has conseguido traslucir?...!

TERESA. Otra mujer le ha rendido su corazón.

GREGORIA. ¡Harto lo decía yo! Hace tiempo que yo vaticinaba que nos le habían de distraer.

TERESA. ¡Era ficción su cariño!

GREGORIA. ¡Teresa!... *(Aparte.)* ¡Se cayó la casa encima!

TERESA. ¡Oh, sí! ¡Lo ha fingido!... ¡Se ha burlado de mi candidez!... ¡No soy yo la que él ama!

GREGORIA. ¡Niña, por nuestra Señora de la O, concluye!

TERESA. ¿Ve V. esa nota que Francisco me acaba de entregar?

GREGORIA. Sí. *(Leyendo.)* «Debe D. Florencio Casado á Juan Bermudez, tapicero, por el mueblaje y adorno de un cuarto principal.— Dos salas empapeladas de verde...»

TERESA. *(Llorando.)* «Una alcoba azul turquí...»

GREGORIA. *(Leyendo mas abajo.)* «Brocateles blancos de china, tapicerías de París...»

TERESA. ¡Y mil doscientos reales en pomadas y aguas de olor!... ¡Esa mujer debe alimentarse de esencias!

GREGORIA. ¡Qué escándalo!... Apenas logro dar crédito á lo que miran mis ojos.

TERESA. ¡Amor, paz, ventura, todo en un momento me ha sido arrebatado por mi enemiga!... ¡Yo muero!...

GREGORIA. ¡Eh, corazón de cera, ahora te quiero de bronce! Es preciso defender la honra. Por fortuna, te quedo yo.

TERESA. ¿Sabes tú lo que me aconsejaba el pérfido, lo que tuvo la audacia de proponerme esta misma mañana?

GREGORIA. ¡Cualquier diablura!...

TERESA. Que me separara de ti y me fuera con él á otro cuarto.

GREGORIA. ¡Ah, mi pobre niña!... ¡Qué manera de tentar la fe inquebrantable que tiene en su madre! ¡Piensa el ladrón que todos son de su condición!

TERESA. Pero yo... ¡bonita soy para escucharle! Le he desoído, le he despreciado, me dejaría arrastrar viva primero que obedecer tamañas sugestiones.

GREGORIA. ¡Bien, hija mía!... ¡Cómo se conoce que te he criado á mis pechos!... ¡Oh! tranquilízate; nos vengaremos las dos.

TERESA. *(Llorando.)* ¡Me devora la angustia!

GREGORIA. *(Llorando también.)* ¡Ah! ¿para qué necesitamos otras pruebas? No hay mas amor que el de madre.

ESCENA XVI.

DOÑA GREGORIA, TERESA, NICANOR.

NICANOR. ¿Dan Vds. permiso?

GREGORIA. ¿Quedan ya los recibos estendidos?

NICANOR. Aquí los tiene V. Hice una letra infernal.

GREGORIA. Voy por los dineros. *(Vase.)*

NICANOR. *(Aparte.)* ¡Solos al fin! ¡Qué situación tan provocadora!... ¡Siento que todo el fuego del corazón se me sube á la cara, y yo, colorado, soy un chico irresistible!

TERESA. Siéntese V., D. Nicanor.

NICANOR. ¡Ca, no, señora! no puedo... *(Aparte.)* Se me bajarían los colores.

TERESA. Como V. quiera.

NICANOR. Pero ¿está V. llorando?

TERESA. No, señor... no es nada... es que me pican los ojos.

NICANOR. ¡Ah! ya entiendo... Como su esposo de V. es negociante en drogas, le habrá á V. regalado algun picimiento...

TERESA. ¡Muy picante!... Si, señor... y yo lloro... ¡de alegría!

NICANOR. ¡Caramba! Podía V. desgraciarse esos divinos luceros... y yo...

TERESA. Usted haría lo que todos, toditos los hombres... ¡No hay mas amor que el de madre!

NICANOR. ¡Justo!... ó la amistad... dé un amigo.

TERESA. ¡Amigos!... ¿Dónde se encuentra uno bueno en el siglo del engaño?

NICANOR. V. me ofende, señora.

TERESA. *(Con resolución.)* Pues bien, yo solicité la amistad de V.

NICANOR. *(Aparte.)* Mis colores se portan. *(Alto.)* Cuento V. con ella á todo trance.

TERESA. Dirá V. que me escedo de las reglas... Mas me conviene hoy mismo una indudable prueba...

NICANOR. *(Aparte.)* ¡Oh joya! *(Alto.)* Mi vida es poco, si se trata de complacer á V.

TERESA. *(Con rapidez.)* ¿Conoce V. la tienda del tapicero Bermudez?

NICANOR. ¡Que si la conozco! Si le servi de escribient... de escriban... de escritor, mas de cuatro meses.

TERESA. ¡Qué felicidad! ¿Entonces no será á V. difícil preguntarle cuánto le pide á mi marido por el mueblaje y adorno de cierto cuarto principal?

NICANOR. Es lo mas fácil del mundo.

TERESA. Y tampoco le será difícil con cualquier pretexto, verbi-gracia con el de mandarse alhajar otro cuarto parecido, hacerse acompañar al de mi esposo y escribirme las señas en un papel.

NICANOR. Volando.

TERESA. Me interesa saber esas señas hoy mismo.

NICANOR. Sin levantar mano me dirijo á alcanzarlas.

TERESA. Sobre todo... ¡sigilo! Que ni mamá respire...

NICANOR. ¡Delicioso complot!

TERESA. ¡Delicioso... sí... muy delicioso! *(Llevándose el pañuelo á los ojos.)*

NICANOR. ¡Otra vez lágrimas!

TERESA. *(Con arranque.)* ¡Pues no está V. entendiendo, mal amigo, que mi esposo me vende!

NICANOR. ¡San Marcos!... ¡Será posible! *(Aparte.)* ¡Colores, hurra!

TERESA. Si, Nicanor, ¡me ha burlado!

NICANOR. ¡Ah, Teresa de mis ojos! Si V. supiera... *(Cayendo desplomado á los pies de Teresa.)*

ESCENA XVII.

TERESA, NICANOR, FLORENCIO.

(*Florencio se ha acercado lentamente, y sin ser visto coloca la mano sobre las espaldas de Nicanor.*)

FLORENCIO. ¡Adelante!... Yo deseo que mi mujer sea mas sábia que Fernan Caballero.

TERESA. (*Aparte.*) ¡Mi marido!

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Florencio!... ¡Adios, colores!

FLORENCIO. ¡Querido Nicanor!... ¿Porque estoy yo delante se avergüenza V. de proseguir ilustrando á mi señora? ¡Qué modestia la suya!... Vengan esos brazos, ilustre misionero.

NICANOR. Caballero, puedo jurar por esas cruces que...

FLORENCIO. Nada, nada... no necesito esplicaciones. Me declaro completamente satisfecho. Usted se ha propuesto, por lo que se ve, sustituirme en la ardua empresa de enseñar á mi esposa los deberes de su nueva posicion, y esto para mi no tiene precio. Gracias, excelente amigo... ¡Mi gratitud será eterna!

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Estoy aplastado! (*Alto.*) Yo no pretendo...

FLORENCIO. Repitió que mi gratitud será eterna (*Ofreciéndole el sombrero, y acompañándole hácia la puerta.*) Pero han dado las doce, y V. tendrá que desempeñar sus funciones doctrinales con otras neófitas. No se detenga V. por nosotros... Vaya V. con Dios, santo varon, y que recobre V. pronto sus buenos colores.

NICANOR. Es que... las pagas...

FLORENCIO. Yo iré en persona á pagarle á V. sus honorarios. En el entre tanto, crea V. que no olvidaré jamás el servicio que V. me ha prestado.

NICANOR. Me faltan las pagas...

FLORENCIO. Pagas ¿eh?... ¿Quiere V. pagas?... Mañana á las cuatro, donde dice esta tarjeta. (*Vase D. Nicanor.*)

ESCENA XVIII.

FLORENCIO, TERESA. A poco DON MARIANO, y DOÑA GREGORIA.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Esto marcha. (*Alto.*) Señora, yo necesito saber lo que ese mequetrefe pretendía de V.

TERESA. Todo ha concluido entre nosotros, caballero.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Mi cuenta del tapicero obra su efecto. (*Alto.*) Teresa, en nombre de mi honor, que te encomendé al pié del ara, ordeno que hables.

TERESA. Ni puedo, ni debo ser esplicita contigo... ¡Me has vendido por una mujerzuela!...

FLORENCIO. ¡Cómo!... ¿Qué estás diciendo, Teresa?

MARIANO. (*Dentro y saliendo.*) ¡Francisco!... ¡Teresa!... ¡Un pañolón! ¡Una mantal!...

GREGORIA. (*Saliendo.*) ¡Qué ocurre!... ¿Quién da gritos?

MARIANO. ¡Mira, mira como vengo!... Si no es por los urbanos, me ahogo en el estanque del Retiro.

FLORENCIO. Hágame V. el obsequio...

MARIANO. (*Aparte á Florencio.*) Pero tu remojo me ha dado la vida. Acabo de ver á esa de concepto con Nicanor.

FLORENCIO. Es el morito de que le hablé á V., señor D. Mariano.

MARIANO. ¡Por Belcebú!

FLORENCIO. (*Entre dientes de manera que lo oiga D. Mariano.*) No hay tiempo que perder. (*Aparte.*) Ahora va la gorda.

(*Alto.*) Señoras, he consultado con mi reposo, la linea de conducta que me conviene trazar para lo sucesivo; ni mi carácter, ni mis gustos, ni la paz doméstica que debe presidir en todos los actos de un matrimonio perfecto, consienten la prosecucion del actual estado de cosas. Confieso que muy pronto tendria que acudir á la boca de un revolver ó á los fósforos de Cascante, y eso sobre no ser cristiano, carece de gracia. (*A doña Gregoria.*) Sé qué para V. la tendria, pero no aspiro á servirla á V. de gracioso. En resumen, antes de dos horas me propongo dejar esta casa, y lo mas interesante es que Teresa, á fuer de cónyuge y mitad rigurosa de mi individuo, me acompaña á Valencia.

GREGORIA. (*Sin poderse tener.*) ¡Ah, yo desfallezco!

FLORENCIO. ¡Cál no, señora... Escuse V. toda suerte de pataletas y espasmos, porque van á ser tiempo completamente perdido.

TERESA. (*Corriendo hácia su madre y asiéndose de ella.*) ¡Ay, mamá! (*A Florencio.*) Caballero, ha discurrido V. muy mal... Su esposa de V., asistida de las razones mas firmes, y que hará valer donde corresponda, se niega á seguirle.

FLORENCIO. Corriente. Fin de la primera parte. Parte segunda y final. (*Dando grandes campanillazos y golpes en las mesas.*) ¡Francisco!... ¡Pablo!... ¡Maria!... ¡Hola! Acudan ustedes. (*A los criados que salen.*) Desde este mismo momento dejo de ser vuestro señorito. Abandono para siempre esta familia y casa. Poned en conocimiento de todo el mundo que D. Florencio Casado y Royo ha trasladado su habitacion á la calle del Ave Maria, número 3, cuarto principal. (*Saluda respetuosamente.*) ¡Señora!... ¡Señorita!... ¡Mi ex-querido tio!... (*Vase.*)

GREGORIA. Mariano, Mariano, ¿consentirás tamaña afrenta?

MARIANO. Hazme tu esposo, y verás...

GREGORIA. ¡Pusilánime!

MARIANO. ¡Yo pusilánime!... Yo pusi... ¡Uff!... ¡Me voy al Circo de Paul!

ACTO SEGUNDO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa Florencio. Puerta al foro y laterales. Sofá en primer término. A la derecha una ventana que mira á un jardín. Junto á esta ventana, hácia la puerta del fondo, otra puerta secreta.

ESCENA I.

FRANCISCO, SEBASTIANA.

(*Acaban de limpiar los muebles, correr las cortinas, rellenar los almohadones, etc.*)

FRANCISCO. Y aquí tiene V. explicado como me salí de casa de los señores de Sandoval para servir exclusivamente al señorito. A pesar de que poco tiempo me resta de estar entre Vds.

SEBASTIANA. ¿Cómo se entiende?

FRANCISCO. Voy á inscribirme con otros marusos para una expedicion que el Gobierno piensa mandar á Fernando Póo.

SEBASTIANA. ¿A Fernando Póo?... ¡Jesus! Cuando se lo escriba á los de Castro-urdiales...

FRANCISCO. Únicamente lo siento por su vecindario.

SEBASTIANA. Ea, que por otras vecinas mas próximas lo sentirá el señor Paco.

FRANCISCO. No, morena: no es el azúcar molido de Madrid para Paco Olanes, ni lampoco la sal de Castro-urdiales.

SEBASTIANA. ¿Es pulla?

FRANCISCO. Antes muera que tal sea. Paco Olanes será pobre, será feo, será burro, pero solapa no tiene otra que la de su chaqueta de los domingos.

ESCENA II.

FRANCISCO, SEBASTIANA, FLORENCIO.

FLORENCIO. (*Entrando por la derecha.*) ¿Qué es esto? ¿No oís que están llamando? ¡Listo!

SEBASTIANA. Se lo estoy diciendo á ese...

FRANCISCO. Allá iba, señor.

FLORENCIO. Vé tú á abrir, madamita.

SEBASTIANA. Mis deberes están mas altos; yo he venido aquí á peinar.

FLORENCIO. Y á abrir la puerta cuando te lo manden.

SEBASTIANA. Obedezco. (*Aparte.*) ¡Ay Fernando-Póo de mis ojos! (*Vase.*)

FLORENCIO. Este pliego á donde dice el sobre.

FRANCISCO. ¿Esperaré contestación?

FLORENCIO. Ninguna. Oye: ¿está todo dispuesto segun las instrucciones que te di?

FRANCISCO. Cada cosa se halla en su lugar; las vajillas, los muebles de las respectivas habitaciones, los troncos...

FLORENCIO. Bueno, basta. Puedes retirarte. Cuando se presente D. Nicanor, que se presentará apenas reciba este pliego, introdúcele al momento.

FRANCISCO. Muy bien, señor. (*Vase y vuelve.*) Entra alguno en la antesala.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Ya sabia yo que ella vendría. (*Alto.*) ¡Mi tío! (*Aparece en el fondo D. Mariano.*)

ESCENA III.

FLORENCIO, DON MARIANO.

MARIANO. ¡En persona! Vengo del Circo de Paul. Allí he podido adquirir, señor mio, la certidumbre de lo que yo meramente sospechaba.

FLORENCIO. ¿La certidumbre?

MARIANO. Unos amigos que estaban allí departiendo, me enteraron de todo lo que Madrid sabe á estas horas lleno de escándalo; es á saber, de que tú, rotas ya las lazadas que te unieron á mi respetable familia, echada como suele decirse la capa al toro, habias puesto en planta la amenaza con que te atreviste á traspasar el tiernecito pecho de Teresa, y vivias en esta casa, cuyos umbrales me he permitido traspasar no tanto por obsequio á mi cuñada y á su hija, como por favor al público decoro.

FLORENCIO. ¿Cosa mas rara!... Un calaveron como V. viene á reivindicar aquí los fueros de la... Bien que no... Ya está V. aquí... y todo se lo perdono

MARIANO. Es que yo no pienso permanecer en esta casa mas allá del tiempo necesario para evacuar mi comisión.

FLORENCIO. ¡Hola, hola! ¿Viene V. de parlamentario?

MARIANO. No, señor. Vengo en nombre propio. Son mis particulares instintos los que me han impelido á penetrar en la corrompida atmósfera que te rodea.

FLORENCIO. ¡Cómo se entienda! Mis salones se riegan todos

los dias, y hoy además se encuentran perfumados de una manera oriental. Huela V., huelo V., y le aseguro que quedará su olfato complacido.

MARIANO. Me dan muy mala espina los tales sahumeros. No puedo detenerme. Hay algo aquí que me saca fuera.

FLORENCIO. V. sabrá...

MARIANO. ¡Infeliz familiar!... ¡Generosa madre!... ¡Malaventurada mujer!... ¡Ni siquiera me preguntas por aquellas dos afligidas criaturas!... ¿Qué podrá tu tío responder á eso?

FLORENCIO. No haya temor de que le pongan á V. en semejante aprieto. Tengo por muy seguro que mi madre y mi esposa, sobre todo mamá, comprendiendo toda la significacion del grandioso final que canté el lunes, no se han acordado un solo instante de mí.

MARIANO. ¿Quién?

FLORENCIO. No se han acordado un solo instante de mí. Yo por mi parte he estado tambien muy atareado...

MARIANO. Lo creo.

FLORENCIO. Y esta es la hora en que, gracias á la presencia de V., recuerdo que antes de morirme tenia una esposa para el corazon y otra... para las manos. Mas todavia: me ha costado mucho reconocerle á V. al entrar.

MARIANO. ¡Florencio!

FLORENCIO. Le hallo á V. mas flaco, con menos barriga...

MARIANO. Toda esta depreciacion la debo á tus célebres genialidades. Los pollos aquellos... los pollos en salsa... los de la famosa batalla que acabó con mi baño de medio cuerpo, todavia están por comer.

FLORENCIO. ¿Y por qué no?...

MARIANO. Porque en casa no se come, ni se bebe, ni se duerme.

FLORENCIO. ¿Es posible? ¿Despues de mi marcha la casa de doña Gregoria no ha quedado convertida en una balsa de aceite?

MARIANO. ¡Falso embusterol!... Bien sabes tú que con el amor que Teresa te tiene, no es una balsa lo que has dejado detrás de ti, sino un mar encrespado que ruga, sin importarsele un bledo de los pobres marineros que necesitan surcarle á palo seco.

FLORENCIO. ignoro verdaderamente lo que ha sucedido en casa desde la hora de mi separacion.

MARIANO. ¡Tragedias en grandel Gregoria, como puedes suponer, se puso furiosa y luego dió rienda suelta á las canales de sus ojos, que seguian á última hora manando, no sé si de vicio ó de coraje, por razones de idem idem. Teresa está tambien hecha una Verónica. No hemos logrado que saliera de su cuarto, donde reinan la desolacion y la tristeza con su cohorte de gimoteos y sopas de caldo. Yo... yo permanezco relegado á los confines mas ocultos del corazon de mi cuñada, la cual únicamente me ha consentido un desahogo: el de llamar moro, rifeño y berberisco á Nicanor.

FLORENCIO. ¡Nicanor! Pronto tendrémós la satisfaccion de estrechar su mano.

MARIANO. Solo esto me fallaba. Pero ¿no temes que teformen causa?

FLORENCIO. ¡A mí! ¿por qué? Mientras ella...

MARIANO. Si: ya supongo que ella debe permanecer escondida...

FLORENCIO. Cuando le place darse á luz, se la ve en todas partes.

MARIANO. ¿Contigo?

FLORENCIO. Apoyada en mi brazo.

MARIANO. ¡Santa Barbara!... ¡No he visto mayor cinismo!
(*Campanilla dentro.*)

FLORENCIO. ¡Ella!

MARIANO. ¡Ella!... ¡Hasta otro día!... No quiero encontrarme aquí con esa... aventurera. Enséñame el camino.

FLORENCIO. ¡Alto aquí! Yo no me trato con aventureras. Es una señora la que...

MARIANO. ¡Una señoral!... A ver...

ESCENA IV.

FLORENCIO, DON MARIANO, NICANOR.

MARIANO. ¡Nicanor!

NICANOR. Señores... (*Aparte.*) Tiemblo lo mismo que un corzo.

FLORENCIO. Adelante, caballero. Le esperaba á V.

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Mi rival y su padrino! Esto parará en lance.

MARIANO. (*Aparte á Florencio.*) ¡El rifeño en tu casa! ¿Qué significa esto?

FLORENCIO. (*Aparte á Mariano.*) Pronto saldrá V. de dudas. Necesito hablar á solas con él.

NICANOR. (*Aparte.*) Departen en secreto. No cabe duda; duelo á la americana. ¡Debo de estar morado!

MARIANO. (*Aparte á Florencio.*) Pues bien, te dejo. Por él... y por ti. (*Aparte.*) ¡Me comería á este hombre!

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Cómo me mira el viejo!

FLORENCIO. Adios, D. Mariano; basta despues.

NICANOR. Beso á V. la mano, señor de Sandoval.

MARIANO. Ahur. (*Aparte.*) ¡Morol!

ESCENA V.

FLORENCIO, NICANOR.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Se marcha sin darme esplicaciones acerca de su venida. Nuestro pobre tio va á perder la chaveta. (*Alto.*) Señor D. Nicanor, pocas son las palabras que debemos cambiar. Supongo que despues de nuestra entrevista de ayer, ha recibido V. el pliego de mis condiciones y ha tomado ya la resolucion que piensa comunicarme.

NICANOR. Si, señor.

FLORENCIO. La aguardo impasible.

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Cuando digo que la camisa no me llega al cuerpo! (*Alto.*) Yo quisiera sentar...

FLORENCIO. Lo comprendo, pero en mi casa no se sienta V. O permanece V. de pié para cumplir una á una las condiciones de mi carta, ó se queda V. de pié para andar á pistoletazos. Son escusadas las sillas.

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Este hombre es un ogro! (*Alto.*) Cuando yo en un instante de alucinacion...

FLORENCIO. ¿Ha leído V. la condicion séptima de mi carta?

NICANOR. Las conozco todas de cabo á rabo.

FLORENCIO. Pues entonces ¿á qué esos impertinentes dítirambos? O accede V. á ser el instrumento de mis planes, ó nos colocamos á cinco pasos de distancia para el desagravio de mi honor... (*Con firmeza.*) ¡que V. infamó el lunes!

NICANOR. Caballero...

FLORENCIO. No mas controversias. El tiempo es oro. Decida V. al instante entre obedecerme ó batirse.

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Dios mio!... ¡Morir tan jóven! (*Alto.*) Obedeceré.

FLORENCIO. Muy bien. ¿Conoce V. las condiciones octava y nona de mi carta?

NICANOR. Repito, señor de Casado, que las sé de memoria.

FLORENCIO. La condicion octava habla de un cuarto donde podrá V. permanecer escondido hasta el momento que fija la misma condicion. (*Acompañándole hasta la puerta secreta.*) Aquí tiene V. el cuarto.

NICANOR. (*Aparte.*) Oseuro como la torre de Nesle. ¡Voy á volverme negro!

FLORENCIO. La condicion novena, que es de gran trascendencia, habla de cualquier retractacion, apostasia, torpeza ó negligencia. *Señala una caja, que estará encima de la mesa.* Aquí tiene V. la caja de mis pistolas.

NICANOR. Descuide V. Paso á establecerme en el calabozo que se me destina.

FLORENCIO. En él, ni una frase... ni una tos...

NICANOR. No diré... esta boca es mia.

FLORENCIO. ¡Ojo al Cristo, pues, y hasta la noche!

NICANOR. (*Saliendo por la puerta secreta, que se cerrará tras él.*) ¡Válgame los 26 mártires del Japon!

ESCENA VI.

FLORENCIO.

Los tontos no son enteramente inútiles. Este tuerce dócilmente el cuello á mis exigencias por temor de mis amenazas. Luego andará diciendo que le desalié y se batió conmigo; pero entonces... habré conseguido la mejor victoria. ¡Adelante!

ESCENA VII.

FLORENCIO, FRANCISCO.

FRANCISCO. ¡Señorito!... La señorita, cubierto el rostro con un velo, está en la antesala.

FLORENCIO. (*Aparte.*) No podia tardar. (*Alto.*) Haz que pase adelante. (*Aparte.*) Tambien yo necesito echar mi velo á la cara. (*Alto.*) Apresurémonos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FRANCISCO, TERESA.

FRANCISCO. Puede V. pasar adelante, señorita.

TERESA. ¡Francisco!

FRANCISCO. El mismo, doña Teresa.

TERESA. (*Aparte.*) Lobos con lobos... (*Alto.*) ¿El señor de Casado está visible?

FRANCISCO. No se hará esperar. Sabe que una dama desea hablarle. Si en el entre tanto gusta V. tomar asiento...

TERESA. ¿Aquí?... No en mis días.

FRANCISCO. (*Aparte.*) La señorita viene de punta en blanco.

TERESA. (*Mirando á su alrededor.*) ¡Cuánto fausto!... ¡Qué opulencia!... ¡Flores!... ¡Alfombras!... ¡Candelabros de oro!

FRANCISCO. Todo ese ringorango es para festejar la llegada de alguno.

TERESA. ¿Alguno á quien se aguarda?...

FRANCISCO. Que ha venido ya.

TERESA. ¡Ahl... se encuentra aquí... ¡Yo muero!

ESCENA IX.

Dichos, FLORENCIO.

FLORENCIO. Francisco, dejamos solos.

TERESA. (*Aparte.*) ¡Mi marido! (*Vase Francisco.*)

FLORENCIO. (*Adelantándose hácia Teresa.*) Señora... ¡Querida Teresa!

TERESA. ¿Es, pues, verdad, caballero? ¡Ha tenido V. la avilantez de tomar otra casa y proclamarse en ella independiente!

FLORENCIO. Te equivocas, Teresa: aquí he venido para ser nuevamente súbdito.

TERESA. ¡De una mujer!

FLORENCIO. ¡De una sola!

TERESA. ¡Que V. adora!

FLORENCIO. ¡Con idolatría! Aquella por la cual te soy traidor.

TERESA. Calla, monstruo, calla por caridad. ¡El corazón me salta del pecho! ¡Dime donde se halla, donde se esconde esa mala mujer!... Yo quiero verla... No me iré de este sitio sin conocer tan peregrina deidad.

FLORENCIO. Es muy fácil conseguirlo.

TERESA. ¡Será bonita!

FLORENCIO. Un querube.

TERESA. ¿Jóven?

FLORENCIO. Diez y siete abriles.

TERESA. ¿Fresca?

FLORENCIO. Como la mañana.

TERESA. ¿De alma expansiva?

FLORENCIO. Como la mirada de un niño.

TERESA. ¡Oh! ¡Me de arrancarla los ojos!

FLORENCIO. (*Conduciendo á Teresa frente de un espejo.*) ¡Ven aquí! A ver si te atreves...

TERESA. ¿Qué hace V.?

FLORENCIO. Comete, si puedes, la crueldad de arrancar aquellos seductores ojos.

TERESA. ¡No te comprendo!... Mi enemiga...

FLORENCIO. Tu enemiga eres tú; tú, la única mujer á quien he adorado, y á la que adoro siempre con la fé entusiasta del día primero en que te vi.

TERESA. Florencio, harás que me enfade de veras. En medio del laberinto de dudas en que batallo, tus atroces sarcasmos...

FLORENCIO. No califiques tan duramente mis afectos.

TERESA. ¿Querrás suponer, inicuo, que era á mí á quien esperabas?

FLORENCIO. A tí... ó á aquella.

TERESA. ¿Y soy yo ó aquella la que debe gozar de las maravillosas salas, los ricos entapizados, los elegantes muebles y adornos que constituyen esta casa?

FLORENCIO. Tú lo has dicho.

TERESA. ¡Me engañas, me engañas como se engaña á una chiquilla!

FLORENCIO. ¿Crees acaso que yo hubiera publicado delante de vosotros las señas de esta casa, si se me hubiese ocurrido alquilarla para otra mujer? ¡Esto, dejando á un lado lo punible, habria sido soberanamente tonto! Convéncete, Teresa, de que no puedo pasarme sin tu compañía, y de consiguiente de que donde yo me encuentro, allí debes tú estar tan dueña y soberana como la majestad en su trono.

TERESA. Piso con cierto desahogo... ¡Ya me parece que estoy mejor!

FLORENCIO. Siéntate si gustas.

TERESA. ¡Ay! se me dilatan los sentidos.

FLORENCIO. Atrévete á mirar aquel cuadro...

TERESA. Claro está que me atreveré... ¡Gran Dios!... ¡Mi retrato!

FLORENCIO. ¡Asómate á esa puerta!

TERESA. ¡Qué miro!... ¡Mi tocador!... ¡Mis tiestos de lilas!... ¡Mi pianol!...

FLORENCIO. ¿Dudarás todavía?

TERESA. Fuera temeridad. ¡Eso, qué manera de engañarme!... ¡Qué vergüenza me da levantar los ojos hácia tí, Florencio!

FLORENCIO. (*Presentándole un neceser abierto.*) ¡Oh! si no es mas que eso... hájalos en seguida y dame tu voto acerca la hermosura de ese cofrecillo que te regalo en señal de hacer las paces.

TERESA. ¡Divin!... Pero ¡ea, ea! tú pretendes burlarte de mí. Con tantas finezas intentas confundir á la que no te da otra cosa que pesares.

FLORENCIO. Pesa, pues, el cofrecillo y deposítalo donde mejor te cuadre.

TERESA. Bien, acepto el cofrecillo. Mas ¿y esos magníficos jarrones... esas deslumbrantes flores... de qué van á servirnos?

FLORENCIO. Pienso recibir á mis amigos. ¡Oh! vamos á divertirnos en grande.

TERESA. ¡Ah! ¿tendremos tertulia?

FLORENCIO. Cada miércoles.

TERESA. ¿Y bailaremos walses y lanceros?

FLORENCIO. Siempre que quieras.

TERESA. ¡Bravo! ¡Magnífico! ¡Ya me siento feliz!

FLORENCIO. Tendrás un tren completo de carruajes, una docena de tronos, una servidumbre numerosa, una mesa escelente, abono en todos los teatros y palco en los toros.

TERESA. ¡Voy á ser la primera dama del gran tonol!

FLORENCIO. «La señora de Casado se rodea de una aureola de dignidad.» dirán los gacetilleros.

TERESA. Pero ahora caigo... Se me olvidaba la... no se nos ocurría lo...

FLORENCIO. ¿Qué es esto?

TERESA. ¿Y mamá?

FLORENCIO. (*Aparte.*) Ya pareció aquello. (*Alto.*) ¿Tu mamá dices?... Tu mamá se estará en su casita y nosotros en la nuestra.

TERESA. ¿De veras?... ¡Qué tristeza!

FLORENCIO. Esta separacion, como habrás conocido, era irremisible, forzosa. Ella debia venir un día ú otro, con que mas vale pronto que tarde... ¡Hartas penas nos ha costado ya!... Nuestro matrimonio seria un matrimonio infeliz, porque el casado... casa quiere.

TERESA. No se resignará mamá tan fácilmente á ese fallo. Toda su vida me estará tachando de ingrata, me mandará cartas llenas de sermones, me... Vamos, no quiero. ¡no puedo vivir sin mamá!

FLORENCIO. ¿Me hablas con toda tu conciencia?

TERESA. Con toda. Volvámonos á casa sin perder momento.

FLORENCIO. Conformes. Voy á disponer que te acompañen.

TERESA. ¿Y tú?

FLORENCIO. ¿Yo?... Yo no salgo de mi casa: yo me quedo.

TERESA. ¡Ah! (*Florencio se acerca á la chimenea y tira del cordón de la campanilla.*) ¿Qué vas á hacer?

FLORENCIO. Llamar á tu camarera.

TERESA. ¡Hasta tengo camarera!...

FLORENCIO. Que te espera desde el lunes.

ESCENA X.

FLORENCIO, TERESA, SEBASTIANA.

SEBASTIANA. ¿La señorita ha llamado?

TERESA. ¡Calle!... ¿Cuál es tu nombre?

SEBASTIANA. Sebastiana Palomo, para servir á V.

TERESA. Bonito apellido.

SEBASTIANA. ¿La señorita desea arreglar su tocado?

TERESA. Gracias; me peino yo misma.

SEBASTIANA. ¡Ah! V. desea cambiar de traje...

TERESA. Tampoco, porque me visto sola.

SEBASTIANA. *(Con dulzura.)* ¡Oh! la señorita quiere cambiarse conmigo. V. tiene que atender á cosa de mayor importancia, y no puede, aunque quiera, privarme del placer de ser su criada. Ofrezco esmerarme cuanto sepa para merecer su distinguido cariño. En el entre tanto la señorita me permitirá que la desembarace de su abrigo y de su sombrero... Voy á dejarlos en el gabinete de los señores. *(Toma el abrigo de los hombros de Teresa y el sombrero que esta le entrega maquinalmente y se retira.)*

ESCENA XI.

FLORENCIO, TERESA, despues FRANCISCO.

TERESA. ¿Sabes que me parece bien la criada?

FLORENCIO. ¿Por qué no la mandaste hacer lo que te acomodaba?

TERESA. No me ha dejado tiempo. Ella se ha despachado á su antojo.

FLORENCIO. Revistete de formalidad. Es preciso que te acostumbres á imponer tu voluntad á los criados.

TERESA. ¡Oh! Yo me haré respetar...

FLORENCIO. No lo dudo. Pero en el entre tanto te ha tomado el abrigo...

TERESA. Y el sombrero... ¡como si una fuese de carton! Voy á...

FLORENCIO. *(Deteniéndola.)* Por hoy es inútil. Sebastiana ha cumplido con su deber. Mas tarde podrás pedir la tus equipos... ó mañana... ó cuando nos acomode...

TERESA. ¿Mañana? ¿Te figuras que voy á permanecer contigo hasta la consumacion de los siglos, sabiendo, como sé, que mamá se desespera buscándome por casa?

FLORENCIO. ¡La desesperacion de doña Gregoria! Hércules, que pasó doce trabajos muy formales, de seguro que rechazaria el de contentar á mamá.

TERESA. Si imagináramos un medio...

FLORENCIO. *(Conduciéndola hácia el sofá.)* No desconfío de encontrarle... Yo he concebido un pensamiento salvador.TERESA. *(Sentándose.)* ¿Cuál?

FLORENCIO. Cuando te lo explique... Vas á hacerte cruces... Se trata de un sablazo á fondo.

TERESA. *(Haciendo con la mano la accion de cortar el aire.)* Y mamá...

FLORENCIO. Sin compasion.

TERESA. Vamos; el matrimonio trae unos compromisos á que nunca podré acostumbrarme.

FLORENCIO. Sueltas esas especies, porque tú no me diste la mano con el corazon, ni el alma con tu juramento.

TERESA. ¡Si lo tienes todo!

FLORENCIO. No digas lo que desmintiendo están esas facciones. Ahora que me tienes cerquita y me ves y me

oyes, suspiras por mamá, como suspiras por mi cuando te dejo á solas con ella.

TERESA. Es verdad; pero salvo siempre el cariño que la profeso, suspiro mas cuando suspiro por ti.

FLORENCIO. ¿De veras?

TERESA. Ya verás lo que me pasa. Cuando estoy sin mamá, me aflijo toda como si fuera á caerme, como si debiera faltarle el suelo; mas cuando el que echo á menos eres tú, se sombrea mi espíritu como si fuera á morirme.

FLORENCIO. ¡Oh dichal

TERESA. Cerca de mamá el cuerpo se halla bien; pero mi corazon permanece mudo. Cerca de ti al contrario, me aletea el infeliz con una ansia... con un delcete... ¿Lo dudas? *(Haciendo colocar la mano de Florencio sobre su corazon)* Vé ahí... ¡vé ahí como late!

FLORENCIO. Bravísimo... ¡se porta como un hombre...! ¡Esto es amar!

TERESA. ¿Me crees ahora? Solo falta...

FRANCISCO. *(Entrando con un velador completamente servido)* La cena.

TERESA. ¡Justamente!

FLORENCIO. Pues ahí la tienes, que *sine Cerere et Baco...* *(A Francisco que se dispone á servirlos.)* Francisco, puedes dejarnos solos.FRANCISCO. *(Aparte.)* ¿Querrán embriagarse?

FLORENCIO. Nosotros mismos nos serviremos... ¡Qué dia, gran Dios, qué dia! ¿No te parece que el mundo es hoy muy grande para nosotros?

TERESA. No, sino muy pequeños nosotros para todo eso... ¡Croquetas de pescadot!

FLORENCIO. Toma... Yo comeré salchichon. Necesito platos fuertes.

TERESA. ¿Tan débil te sientes?

FLORENCIO. Me iba enervando. Despues de cenar, Teresa, te diré con voz poderosa, en medio de la celeste armonía que nos circunda... Teresa del alma... *(Suena dentro la campanilla.)*TERESA. *(Poniéndose de pié.)* ¡Han llamado!

FLORENCIO. ¿Quién será ese importuno?

FRANCISCO. *(Sale corriendo)* ¡Doña Gregoria!... ¡La mamá de V. *(Vase aprisa.)*

TERESA. ¡Mi mamá!... ¡Va á sorprenderme contigo!... ¿Donde me ocultaré?

FLORENCIO. Nada temas. Deja que la reciba yo solo. Retírate á ese cuarto y no salgas hasta que te llame. *(Florencio acompaña á Teresa á la habitacion de la derecha y entorna las puertas.)* ¡Gran combate naval!

ESCENA XII.

FLORENCIO, DOÑA GREGORIA.

GREGORIA. Aquí estoy yo. ¡No me diga V. nada!

FLORENCIO. ¡Señora!

GREGORIA. Me avergonzaria de pisar estos umbrales sin motivos poderosos... pero seré muy breve... no son estos los lugares donde debe permanecer una señora.

FLORENCIO. Yo siento muchísimo...

GREGORIA. ¡Nada, nada de sentimientos! No he venido aquí á hacer reproches ni á sostener polémicas. V. es un pillo, y está dicho todo.

FLORENCIO. Doña Gregoria de mi alma...

GREGORIA. ¡Silencio! Yo vengo simplemente en honor a

TERESITA. Ella tiene como yo, una imaginacion viva, una alma fecunda... las menores impresiones le acarcean terribles sacudimientos... Ahora bien, como conoce las señas de este tabuco, no ve la hora de persuadirse de su desgracia. De un momento á otro la oirá V. llamar á sus puertas... Teresa vendrá. De consiguiendo mi afan de madre se reduce hoy á procurar atenuarle esa terrible impresion que la espera; y confio merecer de V. la bondad de que zurza una comedia cualquiera... una de esas farsas á que nos tiene tan felizmente acostumbrados. He dicho.

FLORENCIO. (*Despues de una ligera pausa.*) ¿Puedo responder?

GREGORIA. Al grano.

FLORENCIO. Renglon de injurias, lo otorgo; renglon de farsas, me niego.

GREGORIA. Estamos entendidos. Supuesto que me deniega V. el obsequio de mentirle á Teresa su dolor; ya que no me sea heito entrar con V. en transacciones para evitarla una herida de muerte, voy á plantar mis reales en la puerta de la calle, y no me quitarán nunca de allí; portero incansable de día, impertérrito centinela por la noche, tendrá V. que sufrir, quiera que no quiera, mi presencia á todas horas.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Venga el cólera-morbo primero. (*Alto.*) Mas ¿á qué fin?

GREGORIA. Para que no penetre Teresa en este lupanar. Quiero su felicidad antes que todo, su felicidad despues y siempre su felicidad.

FLORENCIO. ¿La de ella solamente?

GREGORIA. Con exclusion de toda otra. pues á dicho objeto me decidí á tratar con V. del engaño, afronté la opinion pública viniendo á esta casa, y no reparo, en fin, en parecer cómplice de mi yerno para que la hija sea menos desventurada. ¡Soy madre, caballero!

FLORENCIO. Lo sé... Sea cual fuere, pues, la linea de conducta que yo me trace, V., mientras que Teresa sea dichosa, ¿se dará por satisfecha?

GREGORIA. Si, señor.

FLORENCIO. Bajo su palabra...

GREGORIA. Bajo mi palabra de honor.

FLORENCIO. ¡Ah, señora doña Gregorial... ¡Señora doña Gregorial!

GREGORIA. Caballero, ¿se ha vuelto V. loco?

FLORENCIO. ¡Perdon, mamá! (*Echándose á sus piés.*) ¡Perdon mil veces!

GREGORIA. ¿A qué vienen esos arranques?

FLORENCIO. Yo no soy lo que parezco... ¡Cuanto la rodea cuanto la lian contado de mi, cuanto le inducen á sospechar esas alas y flores y ornamentos, es mentira, mentira que detesto!

GREGORIA. ¡Algun santo te ha tocado el corazon! ¿Te arrepientes, Florencio, te arrepientes?... ¡Hazlo, hijo mio! (*Florencio se levanta.*) Será lo mas fácil del mundo volver la espalda á esta debilidad y reconciliarte con nosotros. Siempre queda un portillo abierto para el hijo pródigo.

FLORENCIO. ¡Cuán ta bondad!

GREGORIA. Accede á mis ruegos... Regenérate y vuelve á vivir en nuestra compañía. A Teresa la diremos que habias alquilado esta habitacion para Mariano... ¡Oh! yo no creo que me desmientas. En cuanto á... esa amiga tuya...

FLORENCIO. Yo no tengo amigas, mamá.

GREGORIA. ¡Desgraciadol... ¡Se atreve á negarlo cuando se percibe á la legua el olor de la leonal... ¡Hay en la mesa dos cubiertos!

FLORENCIO. Mio el uno, el otro de Teresa

ESCENA XIII.

FLORENCIO, DOÑA GREGORIA, TERESA.

TERESA. Presente, mamá.

GREGORIA. ¡Teresa!... ¡Ah! Lo sabia... ¡Caiste en el lazo!

TERESA. No hay lazo... estoy en mi casa.

GREGORIA. ¿En tu casa?... ¿en tu casa?... ¡Qué herejia!

TERESA. Ibamos á sentarnos á la mesa cuando has entrado. No te ha dicho Florencio...

GREGORIA. ¡Ah, Florencio, esto no tiene nombre!... Te has divertido conmigo impunemente. (*Rompiendo en llanto.*) ¡Sois muy crueles!

FLORENCIO. (*Aparte.*) Estamos en la crisis. Apela al recurso heróico de las lágrimas!... ¡Valor! (*Alto.*) Señora...

GREGORIA. Déjame espaciarme... ¿Qué te he hecho yo para que tan mal me trates? ¿No me he conducido leal y carifiosamente con vosotros? ¿He sido acaso una madre fiera, desapacible, huraña como nos las pintan en el teatro y como yo conozco tantas por el mundo? No: yo he sido siempre una madre buena, tierna, afectuosa, toda confianza para vosotros.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Voy á dar el golpe de gracia. (*Alto.*) Permitame V. que sea franco. Yo soy un ente inverosímil, una especie de oso, un carácter insociable, voluble, indigesto, que siempre echo á mala parte los beneficios que me prodigan. Con decirle á V. que mataria al médico que me devolviese la vida... Yo necesito algo asi, como una guarida del desierto, mas bien que esos magnificos lugares donde los racionales como V. se desviven por sus semejantes.

GREGORIA. Pues, amigo, nos ha dado V. un petardo solemne. Su aire de doctrina de la calle de Postas...

FLORENCIO. Pura ficcion. ¡Llevo el infierno en el alma!

TERESA. (*Aparte á Florencio.*) Esto lo inventa.

FLORENCIO. (*Contestándole bajo.*) ¡Calla! ¿es una estratagemata de que me valgo para ablandarla.

TERESA. (*Aparte.*) No la mires con tanto ceño.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Colócate á su lado.

GREGORIA. (*Advirtiendo que cuchichean.*) ¿Qué miro? ¿Cuchicheos delante de mí?... ¡No me quedaba mas que ver!... Ya estoy aqui de sobra.

TERESA. ¿A qué viene?...

FLORENCIO. Irémos juntos á...

GREGORIA. No, no te molestes por mí. Mejor será que nuestras relaciones queden rotas completamente desde ahora. Ve ahí lo que á tu esposo le conviene... ¡Eal diga V. que sí... ¡Digalo V. muy bajito... muy entre dientes... no importa!... ¡La verdad debe abrirse plaza!... Tenga V. si quiera el mérito de la franqueza, ya que no tiene los sentimientos de la gratitud... ¡Consumóse el sacrificio!... ¡Ojalá los cielos os perdonen, como yo os perdono de corazon el mal que me habeis hecho! (*Vase.*)

ESCENA XIV.

FLORENCIO, TERESA. A poco FRANCISCO, SEBASTIANA.

TERESA. ¡Ah!... ¡se marchal... ¡se marchal... Corre... detenla.

FLORENCIO. ¡Teresa... dignidad!

TERESA. ¡Pero tú quieres que yo sea una hija maldita!... ¡Ah!... ¡se me nublan los ojos!

FLORENCIO. ¡Teresa!

TERESA. ¡Yo muero! (*Caee medio desmayada.*)

FLORENCIO. ¡Rayos y tormentas!... ¡Un síncope!... No podía venir en peor ocasión. (*Llamándola.*) ¡Teresa! ¡Teresa!

TERESA. ¡Mamá!... ¡mamá!

FLORENCIO. ¿Qué hacer, pobre de mí? ¡Ah! (*Toma una botella de vino y la vacía en el pañuelo.*) Es vino... pero ¡no importa!... ¡No le late el pulso!... Esto se formaliza. (*Tirando de la campanilla.*) ¡Francisco!... ¡Sebastiana!

FRANCISCO. ¡La señorita con basca! (*Aparta el velador á un lado.*)

FLORENCIO. ¡Válgate Dios por marido!... ¿Qué resuelvo?... ¡A puremos el cáliz hasta las últimas heces! Sebastiana, corre á casa de mamá, y díla que yo la ruego que venga lo mas pronto posible. (*Vase Sebastiana.*) Trae (*A Francisco.*) esencias... sales... un tónico.

FRANCISCO. El tónico se lo ha comido el gato.

FLORENCIO. ¿Qué gato?

FRANCISCO. ¿No quiere V. decir aquella colita de cerdo que colgaba detrás de la puerta de la despensa?

FLORENCIO. ¡Quita, bodoque!... ¡Muchacha... respira... vuelve en tí!... ¡Los ataques de nervios son la perdición, el desprestigio de la raza marital!

ESCENA XV.

Los mismos, DOÑA GREGORIA, SEBASTIANA.

GREGORIA. ¿Quién me llama? ¡Ah! (*Reparando en Teresa.*) ¡Dios mío!... ¡Mi hija!

FLORENCIO. Esto pasa. ¿Qué debemos hacer para que retorne?

GREGORIA. Unas sales... ¡Ah! yo traigo aquí el pomo. (*Aplica un pomito de sales á la nariz y boca de Teresa.*) Esto no será nada. Muchacha, pon á hervir una taza de té... Los reactivos...

SEBASTIANA. Muy bien, señora. (*Vase.*)

FLORENCIO. ¡Ya abre los ojos!... ¡Ya nos conoce!

TERESA. ¡Mamá! (*Echándose en los brazos de doña Gregoria.*) ¡Ah! ¡no te vayas de mí lado!... ¡no nos separemos nunca!

GREGORIA. ¡Jamás! Permaneceremos unidas toda la vida.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Gran batalla hemos ganado.

GREGORIA. ¿Cómo te sientes? ¿te encuentras mejor?

TERESA. Sí, un poquito mejor.

GREGORIA. (*A Florencio.*) Puede sin embargo repetirla el accidente. Pasaré aquí la noche.

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Horror!

GREGORIA. Los criados me pondrán una cama en el cuarto de Teresa.

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Sopla! (*Alto.*) Yo...

GREGORIA. Tú dormirás en otro salón. (*Se quita el sombrero y los abrigos.*)

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Nos hemos lucido! ¡Héla aquí que se instala en casa militarmente, que otra vez se pone los calzones y me declara la guerra!... ¡Oh! ¡esa es una mujer fabulosa... astringente, mortífera!...

GREGORIA. Yamos, hija mía, á la cama. Necesitas respirar con libertad y descansar tranquilamente. Cada mochelelo á su olivo. (*A los criados.*) Alumbradnos. Adios, Florencio. Puedes retirarte. Mañana iré á darte nuevas del

estado de mi hija. (*Acercándose á Florencio le dice bajo.*) Creo que no estrañará V. el interés que siempre me ha movido por ese trozo de mis entrañas. (*Teresa, apoyada en el brazo de doña Gregoria, entra en las habitaciones de la izquierda. Sebastiana y Francisco las alumbran, el segundo hasta el dintel de la puerta y se retira; la primera permanece breves momentos dentro, luego atraviesa la escena y se retira también por la puerta del fondo.*)

FLORENCIO. Me parece que sueño. No he visto cosa igual en el mundo. Hay para volver el juicio á un santo de corcho. Calma, Florencio, calma, ó darías que hablar á los ciegos de la Puerta del Sol. Merced á mi astucia tengo preparados mis materiales de campaña. Voy á romper el fuego sin piedad. Mano á la mecha y ¡arda Troyal (*Registrando la escena.*) Doña Gregoria ha dejado olvidado su ridiculo; en él su pañuelo... querrá llorar... luego no puede tardar en volver. La suerte me protege. Mato la luz. (*Lo hace.*) Doy á Nicanor el aviso de que habla la condicion segunda, (*Se acerca á la puerta secreta y da una palmada.*) y me retiro en busca del billete. ¡Ah, señora suegra, va V. á habérselas con el doctrino de la calle de Postas! (*Vase por el fondo, cerrando la puerta.*)

ESCENA XVI.

DOÑA GREGORIA.

Todos se han retirado ya. ¡Para que se vea el interés que á Florencio le inspira su consorte! ¡Hombres... hombres! No lo puedo ver ni en estampa. ¿Dónde habrá quedado mi ridiculo? Teresa principia á desnudarse, y para no quitarla la luz... (*Asoma por el fondo Florencio, arroja á los piés de doña Gregoria una piedra envuelta en una carta y vuelve á esconderse.*) ¿Qué es esto? (*Recoge la carta del suelo.*) ¡Una piedra... con una carta! Aquí ocurre algo extraordinario. (*Dirigiéndose á la habitacion de la izquierda.*) A ver, Teresa, esa luz. (*Va por la luz y vuelve.*) Disimulemos. (*Como si contestara á Teresa.*) No es nada, no... Es que he perdido el ridiculo.—Ya lo dije yo: una carta. Leamos. Firma: «Nicanor.» (*Leyendo.*) «Señora: me cumple revelarla que corre V. un gravísimo riesgo permaneciendo toda la noche en esta casa. Florencio espera á su amante. Supongo que nos comprendemos.» ¡Dios mío! «La he seguido á V. como un perro, y estoy escondido en el jardín. Tengo un carruaje que nos espera á la puertecilla del mismo. Si quiere V. huir del escandaloso conflicto que se la prepara, en oyeudo dos palmadas acudiré al lado de V., y emprenderemos juntos la fuga.—Su verdadero amigo.» ¡Oh! no hay tiempo que perder. Gracias, generoso amigo, un millon de gracias. El cielo vela por nosotras. ¡Qué espectáculo! Si, si, con viene huir al momento de esta mansion antes que llegue á invadirla esa tunanta sin rubor. (*Acercándose á la izquierda.*) ¡Teresa... Teresa! No, no, primero á Florencio. (*Yendo al foro.*) No... Le arañaría. (*Se dirige al jardín.*) Primero á Nicanor. No sé lo que me hago. Conviene apagar esa luz y pertrecharme con el bendito socorro que la Providencia nos envía. (*Apaga la luz, y despues de una ligera pausa da dos palmadas. Al eco de ellas asoman por la puerta secreta Nicanor, y por la del fondo Florencio seguido de Francisco.*)

ESCENA XVII.

DOÑA GREGORIA, NICANOR, FLORENCIO, FRANCISCO.

GREGORIA. Se abre la ventana que da al jardín. Oigo ruido.
NICANOR. (*Aparte.*) Por fin llegó el momento de abandonar esa caverna y salir á campaña con la condicion tercera. Estaré violáceo.

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Hola, señora mamá! ¿Cae V. en el garlito? Esto marcha. Mi petimetre debe haber salido de su escondite repasando con la fe de un mártir la condicion tercera. ¿Por dónde andará?

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Esto es agonizar! Si se apercibiera Florencio... (*Llama suavemente.*) ¡Nicanor!

FRANCISCO. (*Aparte.*) ¡Qué cosas tan raras tienen los señores de la corte! ¡Querer que les rompa un mueble! ¡A esta le llaman gente sábia!

GREGORIA. (*Con el mismo tono.*) ¡Nicanor!

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Nequaquam! Me toca hacer el sordo.

FLORENCIO. (*Aparte.*) Adelante. (*Tropieza con Nicanor.*) ¡Ah!

Ya di con mi hombre. (*A Nicanor.*) La mano.

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Uy! ¡El ogrool!

GREGORIA. Me parece haber oido voces.

NICANOR. (*A Florencio.*) Teresa, ¿es de V. la mano que estrecho entre las mías? ¿Es su angelical aliento el que por fin aspiro?

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Qué oigo!... ¡Yo muero!

NICANOR. Huyamos, Teresa. Abreviemos mi suplicio. Yo la amo á V. Pensaba retardar todavía el instante de descubrir la ese afán que me deslumbra, ese cariño que me arrebató; pero la fortuna, que tan sorda se ha mostrado siempre á mis clamores... hoy... en esta ocasion solemne... favorece mis planes.

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Qué fiera pesadilla!

NICANOR. Mal guardada por un marido necio, y perseguida por una madre... machaca, un amante sincero, un corazon benévolo debe absorber todos los bellisimos sentimientos que en el pecho de V. se anidan. ¿Se negará V. á seguirme?

FLORENCIO. (*Fingiendo la voz.*) ¿Adónde?

NICANOR. A Valencia primero, y despues... á Francia. Tengo tomadas todas las disposiciones. Apresurémonos antes que vengan á sorprendernos.

FLORENCIO. Y... ¿mamá?

NICANOR. La detendremos con una carla, donde se atribuya la desaparicion de V. á tretas de Florencio.

FLORENCIO. ¡Pobre Florencio!

NICANOR. Solo me infunden lástima sus ardidés para vencer la obstinacion de doña Gregoria. ¡Guardarla á V. como si estuviese en mantillas!

FLORENCIO. ¡Ja, ja, ja!

GREGORIA. (*Aparte.*) Dios poderoso, ¿qué es lo que aqui pasa? ¡Yo me vuelvo loca! (*Gritando.*) ¡Luces!... ¡Florencio!... ¡Luces!

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Aqui del estrépito! (*Florencio finge una ligera tos, Francisco tropieza adrede con un mueble, lo derriba y huye velozmente por el fondo. Florencio suelta á Nicanor y sale tambien detrás de Francisco. Nicanor se aparta á un extremo del teatro. Voces dentro.*)

GREGORIA. ¡Luces!... ¡Acudid! (*Aparte.*) ¡Valedme, Virgen mia! (*Alto.*) ¡Luces!... ¡Luces!

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Debo estar hecho un arco-iris!

ESCENA XVIII.

DOÑA GREGORIA, NICANOR, TERESA, FLORENCIO. *Criados con luces.*

TERESA. ¿Quién da voces? ¿Qué ocurre?... ¡Mamá!... ¡Nicanor!

FLORENCIO. ¿Qué sucede? ¿Qué gritos son estos?... ¡Nicanor!... ¿Qué es lo que veo?

NICANOR. Caballero... me faltan palabras para esplicar la... Pero supongo que lo comprenden Vds. todo. Teresa...

FLORENCIO. Si: ni una palabra mas. Adivino lo que aqui está pasando.

TERESA. ¡Florencio!

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡No era ella!... Pero, ¡qué compromiso!

FLORENCIO. ¡Silencio, esposa desleal! No aumentes todavía mi coraje con pálidas disculpas. ¡Hé aqui las consecuencias de la ciega confianza que en ti y en esa respetable señora tenía puesta! ¡Hé aqui los resultados de abandonar á las manos de una mujer, siquiera sea la madre que la engendró, á la criatura con quien un hombre de honor liga su suerte! ¡Hoy se palpan las consecuencias de tantos errores! ¡Lástima grande que tamaña conviccion tenga que lavarse con sangre! (*Cogiendo del brazo á Nicanor y arrastrándolo con violencia hácia el fondo.*) ¡Salga V., miserable, salga V. de esta casa, ó no respondo de mí!

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Cielo santo! ¿Será esto verdad? (*Alto corriendo hácia Florencio.*) ¡Florencio... detente!

FLORENCIO. ¿Ve V. que están vulnerando mi honra, y me detiene? Atrás, señora. ¡Necesito restañar la herida que ese tiernísimo amigo de V. me acaba de inferir!

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Oh, qué idea! ¡Valor! (*Alto.*) Un instante no mas. Resuelto tenía callar un secreto, que puede, publicado, enturbiar mi fama; pero sabedlo todo, Nicanor ha estado aqui en seguimiento mio.

LOS TRES. ¡Cómo!

GREGORIA. Lo que Vds. oyen.

FLORENCIO. (*Aparte.*) ¡Se coronan mis planes!

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Esto es ponerme de mil colores!

GREGORIA. (*Bajo á Nicanor, con rapidez.*) No me contradiga V., ó su muerte es segura.

FLORENCIO. Responda V., caballero: ¿es nuestra madre la que le ha inducido á escalar mis balcones?

NICANOR. Ciertamente, y me parece que bien podian Vds. haber conocido que la tengo en las telillas del corazon desde que procuro por ella.

GREGORIA. ¡Eselente procurador!

FLORENCIO. Luego no es á Teresa...

NICANOR. No, señor, ni pensarlo. ¿Yo á una mujer casada?... ¡Vade retro! Tengo muy presente lo que mi padre me contaba todas las noches á la luz del hogar. «Si quereis, nos decia. evitarnos disgustos, nunca pretendais ingeriros en el cercado ajeno; y para casaros, haced como los palomos, que buscan su compañera entre las unidades y van á formar el ambo donde ni aun la madre pueda interrumpir su dicha.» (*Aparte.*) Palabras testuales de la condicion novena.

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Elocuente leccion! ¡He sido culpable! ¡No debí separar á mi hija de los cuidados de su esposo!

FLORENCIO. Siendo así. caballero... confío que ratificará V. sus sentimientos arrojándose á los piés de doña Gregoria y pidiéndola perdon del presente ultraje.

TERESA. Y la mano de esposa.

NICANOR. (*Aparte.*) ¡Pelillos á la mar! (*Alto.*) Piénsolo y há-golo.

ESCENA XIX.

Dichos, DON MARIANO. *Don Mariano entra armado de una escopeta que apunta á Nicanor con bizzarria.*

MARIANO. ¡Alto aquí! O suelta V. esa mano... ó le evaporo.

NICANOR. (*Levantándose rápidamente del suelo.*) ¡Canela!

MARIANO. ¡Moro, tetuanés... ha llegado tu Vad-rás! ¡Ríndete y cede el campo á D. Mariano Castillejos!

GREGORIA. ¡Mariano!... ¡Tú con armas!... ¡Tú tan amante de la ley de Dios!

MARIANO. El serlo tuyo hace que se me trabuquen los sentidos. Llevo cuatro años de pretender, diez catarros cogidos debajo de tus balcones, ocho fiascos de casta gorda cometidos en las carreras de caballos, y veinte meses de abono al Circo de Paul. Con semejantes títulos, el capitán La Chesnaye se me figura un niño de teta. ¡Hoy he llegado á la cumbre! ¡Me han roto los cristales de los anteojos! Soy un hombre cargado de méritos. Pero cuando al entrar en esta casa en busca tuya (*A doña Gregoria.*) he sabido que el moro, ese maldito moro (*Señalando á Nicanor.*) habia tenido nuevamente la audacia de abordar tu costa... ¡me he salido de madre y he resuelto sacar el niño de pila!... ¡La escopeta de Francisco brilla en mis manos!... Gregoria, ¿le doy... ó me doy?

GREGORIA. Renazca en tu pecho la perdida paz... Vistos, señor cuñado, los méritos que te adornan; visto, Nicanor, que V. no me adora... y que yo no le adoro; visto, Tere-

sa, que me has compelido á dejar mi prolija viudez; visto, Florencio, lo que mi obstinacion se negaba á mirar... lo que mi ciego maternal cariño no veia tal vez... me caso con Mariano y os anuncio nuestro próximo viaje á los baños de Panticosa para pasar la luna de miel.

TERESA. ¿Qué es lo que oigo? ¿Te casas, mamá, con el tío? ¡Cuánto me alegro!

GREGORIA. (*Aparte.*) ¡Se alegra!... ¡Se alegra!... ¡Tiene diez y siete años! Todo lo veo claro. ¡Ama á su madre, pero no la puede defender! (*Alto.*) Cúmplase, pues, el precepto divino que nos ha dicho: dejará el hombre á sus padres, para seguir á su compañera. Pero ¿á qué me enternezco? Yo tambien me caso, queridos míos; yo tambien, como los palomos, busco mi pareja entre las unidades y voy á formar el ambo donde nadie interrumpa el sosiego de mi nueva union.

FLORENCIO. Gracias, mamá. Si hoy pudiera, le vaciaba á V. una estatua.

NICANOR. ¡Fundida con mis huesos!

MARIANO. ¡Levantada sobre mi pedestal!

TERESA. ¡Establecida en nuestros corazones!

FLORENCIO. Y descrita con los siguientes versos:

Hay peligro y no pequeño
en turbar la ley de Dios,
que cuando asimila á dos,
les redime de otro dueño;
cese la madre su empeño,
interin se la venere,
de hacer que su labio impere
sobre el hijo emancipado,
porque al fin... Dios le ha casado,
y el casado... casa quiere.

FIN.

